

San Vicente y Santa Luisa supieron descubrir y contemplar a Cristo Encarnado en tantos hombres y mujeres que sufrían el hambre, la injusticia, la soledad, la enfermedad, el abandono... Dios les regaló una **mirada** que fue capaz de devolver la dignidad, de expresar cercanía, aceptación, comprensión, amistad... unas **manos**, capaces de comprometerse en la construcción de un mundo más justo, de unirse a otras manos que luchan por la solidaridad y la paz; unos **pies**, que no se detienen en las fronteras de la comodidad sino que son capaces de recorrer veintisiete kilómetros, paso a paso descubriendo que el verdadero punto de partida y la meta es el otro, y el trayecto hace que la vida tenga sentido entregándose a los demás.

Por eso hoy nosotros te pedimos:

- Viste mis ojos de bondad porque quiero mirar con la mirada de Dios.
- Viste mis manos de paz, de amistad, de fraternidad, de amor porque esa fue tu consigna.
- Viste mis pies de fortaleza, de cercanía, de encuentro, de silencio.
- Viste mi corazón de esperanza, de fe, de alegría, de oración.
- Revístemme, Señor, de tu caridad que me apremie a participar del sufrimiento de los pobres porque el amor lleva siempre consigo la acción y el sufrimiento.
- Y que María, tu madre, siempre me acompañe. Amén.

Canto: ¡Qué bello es anunciar sobre los montes tu palabra!

Gritar entre las gentes que es posible tu evangelio.

Ser carta de Dios que escriba cada día

que todos hemos de ser tu gran familia.

Envíame, envíame, tu paz y tu alegría.

Envíame, envíame, tu impulso y tu esperanza.

Que siempre tu semilla en medio del dolor y la violencia que deshace las sonrisas.

Hoy siento que mi amor no ha de quedarse sólo en mí.

Siento que, de no darse, se pudriría en mis entrañas.

Hoy quiero cantar, gritar en cielo y tierra

que siento en mi pobreza una gran fuerza. (Brotos de Olivo)

Samaritanos en el camino



Samaritanos en el templo

Oración Comunitaria - Enero '10 - nº 1

Maestro, ¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Él le dijo: *¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo es eso que recitas?*

El jurista contestó: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo*

- Él le dijo: *Bien contestado. Haz eso y tendrás vida.*

Pero el otro queriendo justificarse, preguntó a Jesús: *Y ¿quién es mi prójimo?*

Jesús le contestó:

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos, lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto.

Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino. Al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje,

llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, sintió misericordia, se acercó a él y le vendó las heridas, echándole aceite y vino. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente

tomó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: "cuida de él y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta".

¿Qué te parece? ¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en mano de los bandidos?

El letrado contestó: *El que tuvo misericordia de él.*

Jesús le dijo: *Pues anda, haz tú lo mismo. (Lc 10, 25-37)*

Veintisiete kilómetros bastan para dividir a los hombres en dos categorías: los que pasan de largo y los que se detienen; los que recorren “su camino” y los que se preocupan por los demás. Veintisiete kilómetros, e incluso, menos; puede ser suficiente un pasillo, pocos metros, una clase, una mesa... Basta que una persona me necesite: ese es mi camino que baja de Jerusalén a Jericó.

Un camino tiene dos lados. Y siempre hay “otro lado” a disposición cuando uno no se quiere quemar los ojos ante una realidad demasiado incómoda y tener la conciencia tranquila. También nosotros siempre tenemos a mano razones válidas para sacudirnos los compromisos de amor.

El problema principal consiste en “hacerse prójimo”, desplazando el centro de interés del yo a los otros. No se trata de saber a quién debo amar sino de saber que todos tienen derecho a mi amor.

¿Quién tiene derecho a tu amor?

No se trata tanto de encontrar al prójimo cuanto de hacerse prójimo, o sea, acercarse. Porque el prójimo siempre está lejos; lejano del camino de nuestros intereses, simpatías, gustos, ideas, programas. El prójimo no nos sale al encuentro, no favorece el contacto; con frecuencia no hace nada para hacerse amable. El prójimo está lejos, es difícil de ver, de aceptar, de soportar. El samaritano no pregunta quién es el otro, a qué religión o partido pertenece. No le pide la documentación. No se asegura de que los papeles estén en regla. Ante él simplemente hay un pobre hombre que se encuentra en grave necesidad

Canto: (Brotos de Olivo)

*No te pude ver, te retiré la mirada
no eras de mi fe, ni de mi forma de pensar,
huí, de tu hambre, tu miedo y tu agonía,
tú estabas delatando, mi pobre y falso amar
y con ternura, me hiciste ver, qué es el amor. Y pensé.....*

*Te buscaré en las calles al pasar,
me encontraré contigo en quien no espere.*

Y al vivir, la vida que me des nunca será ajena a ese que hallé.

*Te pediré que sepa unirme a ti
en cada ser que el mundo ha despreciado.*

*Y jamás se me podrá olvidar
que en todos Dios presente y vivo está.*

Si te colocas en tu punto de vista crearás barreras de protección. Pero si te colocas en el punto de vista del otro, se te abrirá ante los ojos un horizonte sin límites.

La caridad tiene tres escalones que corresponden a otros tantos imperativos:

El primero se coloca en una dimensión negativa: “No hagas al otro lo que no quisieras que los otros te hicieran a ti”. Es decir, no hacer mal, no hacer sufrir.

Hay que subir el segundo escalón: “Tratad a los demás como queréis que ellos os traten” (Lc 6,31) Representa la novedad evangélica. Se trata de hacer el bien positivamente.

Hay un tercer escalón: “Haz al otro lo que él quisiera que le hicieras a él”. Esta es la sensibilidad que exige atención, delicadeza, intuición.

Exige “escuchar” de verdad al otro y no interpretar sus peticiones a nuestra manera. Meterse “en la piel del otro”. El samaritano ha oído la voz silenciosa de aquel hombre.

Canto: (Ixcis)

*En los pobres yo te vi, maltratado,
marginado crucificado
Tuve que acercarme y comprendí
que en ellos siempre Tú me llamas*

